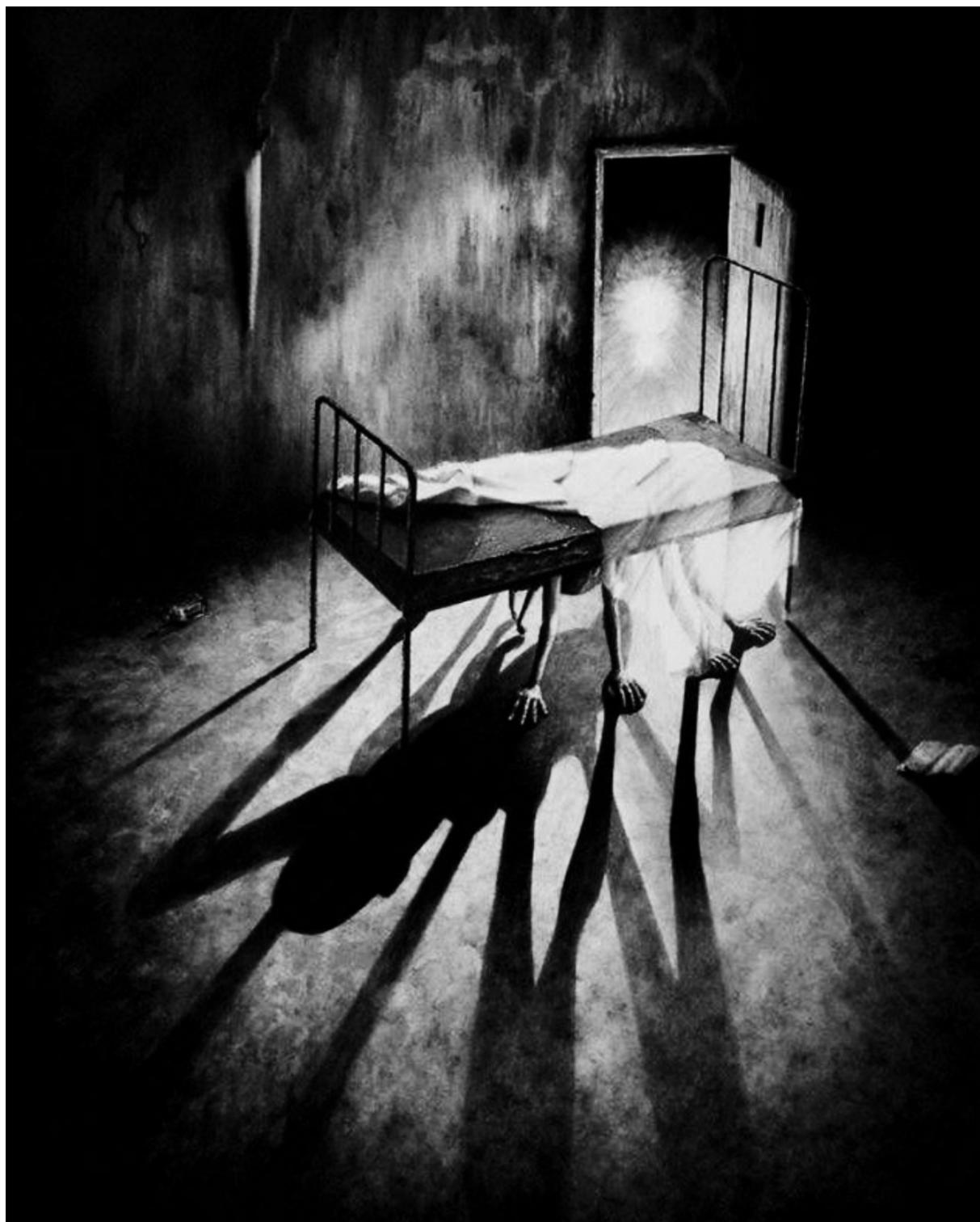


Debajo de la cama

Evelyn



Capítulo 1

Hacía menos de un mes que Lucila había tomado la decisión de mudarse de casa de sus padres, no porque se llevara mal con ellos, todo lo contrario; manejaban una relación bastante sana. La razón de su cambio iba más por el lado de su búsqueda de independencia, sentía que ya era momento de tener su propio espacio, iniciar su vida adulta, después de todo, ya tenía dieciocho años.

Luego de tantas búsquedas, había logrado conseguir alquiler en un monoambiente, no muy grande pero tampoco muy pequeño: tres habitaciones, incluyendo el baño y la galería de un tamaño considerable. La locación no era mala y, aunque le quedara un poco alejado de la universidad, sí estaba cerca del trabajo.

Se veía bastante bien, aunque lo que le pareció relativamente peculiar al entrar a ver el sitio fue que aún quedaban muebles y objetos de pertenencia personal que parecían haber sido propiedad de los antiguos dueños, además de, una habitación clausurada.

Ella decidió indagar al respecto, principalmente, sobre esto último, ya que era lo que más había captado su atención, pero cuando intentó obtener respuestas de boca del dueño, éste no hizo más que responder de forma tajante y con evasivas. No le dio una explicación concreta en cuanto a los inquilinos anteriores, más que decidieron marcharse del lugar con apuro, y que por eso fue que algunas de sus cosas pululaban aún por el lugar. Y, por el lado del cuarto, solo dijo que no se podía ingresar debido a que el suelo no se había terminado de construir ni tampoco el techo, por lo que era peligroso entrar ahí. Por lo mismo se había clausurado, para evitar incidentes.

Algo en la manera en que le había dado todas esas explicaciones no le terminaba de cerrar, pero decidió ignorarlo, puesto que más allá de eso se había comportado de manera amigable, así que, decidió restarle importancia al asunto. El lugar era bueno y el precio mucho más razonable que en otros sitios en los que había estado antes. Por lo que, sin más dilaciones, y pese a que muy en el fondo había algo que no le cerraba, terminó por firmar el contrato con aquel hombre.

Una semana más tarde, ya se encontraba mudándose. Para su suerte, no tenía demasiadas cosas y, aunque le daba algo tener que usar las pertenencias de los antiguos inquilinos, esa sensación se le pasaba cuando recordaba lo que el propietario le había dicho, que todo lo que estaba ahí, era porque ellos así lo habían deseado. En el fondo, aún así, cada vez que recordaba sus palabras y la forma en las que las había articulado, algo no terminaba de convencerle. Pero, cada vez que eso sucedía, decidía sacudir la cabeza e ignorarlo. Suponía que solo eran ideas suyas. Pensar así

también hacía que se sintiera menos culpable utilizando las cosas que los antiguos propietarios habían dejado atrás.

Estuvo todo el fin de semana ocupada con la mudanza y para cuando terminó, quedó exhausta pero satisfecha. Era el comienzo de una nueva etapa en su vida y no cualquier etapa, sino, la de su vida adulta. Por lo que, pese al cansancio que tenía, de la emoción que se cargaba en el cuerpo, le costó conciliar el sueño; lo que hizo que tuviera que tomar una pastilla que le ayudara con ello. Luego de hacerlo, no tardó nada en ser abrazada por los brazos de Morfeo.

En la distancia, mientras ella dormía apaciblemente, se oían unos ligeros ruidos, leves, bastante imperceptibles si no le ponías la suficiente atención. Provenían de aquel cuarto, el mismo que se encontraba clausurado, incluso al poner el oído en la puerta el sonido aún se mantenía en un volumen bastante bajo, pero si te adentrabas a la penumbra de esa habitación y con mucha atención buscabas la fuente de dicha frecuencia... lo podías escuchar, ahí, acercándote al suelo; acallándote para oírlo. Un traqueteo persistente debajo del parqué. Como uñas resquebrajadas arañando el concreto con ansia, en un intento desesperado por emerger a la superficie.

(. . .)

Los días en su nuevo sitio transcurría con normalidad, su vida diaria, igual que siempre. Estudio, trabajo, una que otra salida de vez en cuando con amigos y luego, de regreso a su morada. Pero había algo que la tenía en vilo, que la inquietaba de la misma manera en que hacía que la curiosidad en su ser creciera. Y era el cuarto, ese dichoso cuarto clausurado. Que al principio no le había dado tanta importancia, o al menos, intentó no hacerlo.

Pero, conforme fueron pasando los días, luego, las semanas, ella comenzó a sentir cada vez más curiosidad por aquel cuarto. Cuando sacó el tema al dueño por segunda vez, éste la ignoró olímpicamente y jamás le dio una respuesta. Simplemente, le dijo lo mismo que cuando le enseñó el sitio por primera vez: que era peligroso y no se acercara. Pero ella era demasiado curiosa y, pese a que intentó mantenerse al margen lo más que pudo, su deseo de saber qué ocultaba esa puerta, finalmente la sobrepasó y, en esta segunda ocasión, presa de su ansia, decidió abrirla; sin consultar al hombre, todo a escondidas y con sumo cuidado. Necesitaba ver por qué tanto misterio con respecto a aquella habitación. Le buscó la mil y una vueltas, hasta que finalmente la puerta cedió y con un chirriante sonido, al igual que el de una película antigua de terror, ésta se abrió.

El calor al igual que la pestilencia que emanaba de ese cuarto —debido al prolongado tiempo que estuvo cerrado— no se hizo esperar, la penumbra

lo cubría al igual que las esporas de polvo que pululaban de un lado a otro dentro de la habitación. Para su suerte, no tuvo que ir por una linterna, un foco colgaba del techo, tiró del hilo que lo encendía y para su fortuna —nuevamente— se hizo la luz. Aunque bastante tenue, solo iluminaba lo suficiente para que se viera —con ligera nitidez— algo. El cuarto no era mucho más grande que el de la habitación principal y realmente no había más que polvo y telarañas. Tampoco estaba destruido como el propietario le había dicho, por el contrario, se veía en perfecto estado. El suelo crujía un poco, pero no parecía inestable y en el techo no se observaba una sola grieta.

¿Le habría mentido acaso? ¿O genuinamente él también creía que ese cuarto se hallaba en tan malas condiciones como decía? No estaba segura, pero, solo por miedo a que la corriera por andar haciendo cosas que se suponía no debería estar haciendo, decidió que se quedaría en silencio al respecto. Ocuparía el cuarto pero no se lo diría. Sería su pequeño secreto.

Pese a no encontrar nada relevante, puesto que era una habitación completamente vacía. Había algo que la atraía a estar en ese lugar, aunque aún no sabía bien el qué. Por lo que decidió que lo convertiría en su dormitorio.

Aireó el cuarto, cambió las cosas que tenía en el otro a éste, y cuando creyó que ya estaba lo suficientemente habitable, decidió que era hora de asentarse en su nuevo sitio. De verdad que no entendía la razón de que estuviera tapiado y mucho menos en desuso, tal vez porque la corriente era un poco más fría que en el resto del lugar, pensó. O quizá porque había algo en las paredes que no permitía que se escuchara nada desde afuera. No estaba segura de por qué ambas cosas podrían ser tan fatídicas como para cerrarlo, pero no le importaba. Incluso, lo veía como una ventaja, con el verano a la vuelta de la esquina y con las cosas que a veces le gustaba hacer y prefería que nadie más que ella fuera testigo de las mismas, saber que los vecinos no la oirían, al menos en esa parte de la casa, le sentaba de perlas.

Sin embargo, su experiencia en la primera noche que pasó en su nueva habitación no fue tan emocionante como ella esperaba, no solo porque pudo percibir que mientras dormía, la temperatura descendía aún más —aunque eso lo atribuyó a que quizá esa sensación fuera producto de su imaginación— pero, más allá de eso, lo que si la descolocó fueron los sueños que tuvo. Pesadillas tras pesadillas, que no podía recordar concretamente, solamente sentir las emociones tan fuertes y negativas que las mismas le ocasionaban. Incluso, pudo jurar que más allá de la sensación gélida del cuarto, también unas manos se posaron sobre ella y la sacudieron mientras yacía dormida en la cama.

La experiencia fue un poco extraña y la desconcertó, puesto que hacía

años no tenía sueños tan vívidos o siquiera pesadillas así, podía jurar que incluso jamás había tenido una parálisis del sueño y, que tal vez, esa habría sido la primera. Por ende, no le dio demasiadas vueltas, aunque en un principio le pareció extraño, atribuyó todo a la sugestión y al pequeño cambio que había hecho.

No obstante, los días siguieron. Y las pesadillas también lo hicieron.

Pasó una semana desde su pequeño cambio y a estas alturas comenzaba a sentir que algo no estaba bien con ese cuarto, intentaba contarse el cuento de que eran solo maquinaciones suyas, pero cada vez esa narrativa le sonaba menos convincente. De todas formas, para no pasar por loca, no se lo contó a nadie, ni siquiera habló con el casero al respecto. Continuó durmiendo en la misma habitación, porque se negaba a creer que lo que le sucedía se debía a la misma. Aunque en el fondo lo sabía. No era capaz de admitir o aceptar que algo andaba mal con ese cuarto.

Luego de una semana más, las pesadillas incrementaron de intensidad y esta vez, se volvieron más reales. No solo por las sensaciones que experimentaba, sino porque comenzó a tener más claridad y lucidez con lo que soñaba. Y ya no solo era el ambiente frío o la sensación de ser tocada. Sino, también, un sonido debajo de la cama, un traqueteo, que conforme la pesadilla avanzaba se volvía cada vez más fuerte e insistente hasta que finalmente oía como algo del concreto recubierto por el parqué cedía. Luego, el sonido de la madera rompiéndose. Un jadeo lúgubre y la profunda voz de una mujer tarareando una melodía siniestra.

Ella intentaría moverse pero no podría, solo podría escuchar y observar, y sentir lo que le sucedía. Unas manos huesudas asomándose por un lado de la cama, con uñas destrozadas cubiertas de sangre y largos dedos de un color azulado, muertos. El cántico volviéndose cada vez más profundo y tétrico. Una cabeza emergiendo pronto entre las esqueléticas zarpas, un rostro infernal, magullado. Sangre ennegrecida brotando de cada orificio perteneciente al rostro de aquella mujer o... cosa.

El cabello raído, sucio, y los ojos simples cuencos sin vida, con tierra, moho, gusanos, sangre podrida al igual que su boca. Sonriendo, pero su boca vacía, un profundo negro es lo que se vería cuando sus labios se elevaran. Y sangre, más sangre. Vomitando la misma por sobre las sábanas. Cayendo oscura, con una consistencia alquitranada y mezclada con gusanos y necrófagos. La chica no se podría mover, simplemente observaría horrorizada.

Aquella figura, cubierta por un camisón raído, igual de destruido y mugroso que el resto de su ser. También, manchado de sangre seca, con una mezcla de otras sustancias, saltaría sobre la cama. Se posicionaría sobre ella, a horcajadas por encima de su vientre, sin llegar a apoyar su

trasero en el mismo, ni dejar descansar sus piernas a los costados. Simplemente, manteniéndose en suspensión sobre ella.

Giraría su rostro de un lado a otro, observándola, y luego, sin previo aviso, reiría. Una risa de inframundo. Escupiendo sangre rancia y gusanos al hacerlo. Reiría más y se detendría, tendría arcadas y, luego, vomitaría sobre el rostro de la chica. Ésta, incapaz de gritar o siquiera moverse, pero su rostro por si solo expresaría todo el horror que se encontraría sintiendo. Aquella mezcla repugnante de tierra y sangre podrida, junto a insectos muertos y uno que otro gusano vivo, se haría con todo el rostro de la joven. Los pocos gusanos que se mantienen vivos, se introducirían en su nariz, ojos y orejas.

Ella lo sentiría, podría sentir la sensación de ser roída por dichos seres. El olor de aquella mezcla pestilente. La entidad sobre ella, la agarraría del cuello y gruñiría, gruñiría con fuerza y empezaría a sacudirla. La levantaría y la golpearía contra la cabecera de la cama hasta ver sangre. La dejaría nuevamente en la cama y la volvería a golpear.

Golpearía su rostro, golpearía su cuerpo. Una y otra vez. Gritaría, chillaría y a gruñiría una vez más. Finalmente, se escucharía algo a la distancia que haría que se detenga: Los pájaros, estaría amaneciendo.

Soltaría un último grito, similar al de un cochinito a punto de ser sacrificado y con frustración, regresaría por donde vino. De la misma manera en que lo hizo. No sin dejar de observar a la ajena con esa sonrisa inexistente y esos ojos perversos en todo el proceso de su partida.

De todas las pesadillas que había tenido en ese momento, ninguna llegó a ser tan real o completa como esa. Pero, lo que la puso mal, no fue la pesadilla en sí. Sino, el resultado de la misma. Porque cuando se levantó sobresaltada de su cama, no pudo evitar sentir un fuerte dolor de cabeza y una sensación de molestia en la garganta. Quiso creer que simplemente seguía siendo mera sugestión, a su criterio todo lo indica. Ya que, más allá de su sentir, el cuarto estaba intacto. No había nada fuera de lo normal. Se tocó la cabeza y no tenía nada, por lo que lo atribuyó a una simple migraña.

Sin embargo, cuando un rato más tarde fue al baño para cepillarse los dientes y bañarse, descubrió una notoria marca de manos en su cuello, dos manos que distaban mucho del tamaño y forma de las suyas, lo cuál hizo que temblara, por lo que trató de convencerse aún así que eran suyas, aunque ni siquiera los dactilares coincidieran con los propios. De todas maneras, cuando entró a la bañera, descubrió más marcas y moretones que estaba segura de que hacía un día atrás no existían.

Siguiendo en negación, regresó al cuarto luego de acabar de darse un baño y pudo percibir algo, minúsculo, casi imperceptible, pequeño. Un

necrófago, pataleando, luchando por su vida, zumbando. Ahí, a pocos metros de debajo de su cama. Se acercó lentamente, lo tomó entre sus dedos y lo observó. Y se percató de que era igual, idéntico a los insectos que vio en su sueño. Uno de los tantos al menos.

Lo tiró a un lado y se alejó de la cama negando, no podía concebir, no podía aceptar. Se negaba a asimilar que lo soñado había sido real. Que de verdad había pasado. Pero tantas coincidencias, tantas situaciones, hacían que le costara seguir negando lo evidente. Y aunque no se encontraba al cien por cien segura, sabía que quizá la respuesta a todo. A sus pesadillas y la razón del por qué la habitación se encontraba clausurada se hallaba allí, debajo de la cama.

Cuando finalmente se atrevió a apartar la cama, por supuesto, el piso seguía firme, de la misma forma que estaba al momento en que ella se movió con sus cosas allí. Aún así, decidió pisar, y para su sorpresa, la consistencia no parecía tan dura en esa parte como el resto del piso. Pisó con más y más fuerza y enseguida se percató de que lo que se mantenía debajo del parquet, al menos, de esa zona, no era concreto; sino, tierra.

Rompió la madera con más facilidad de la que pensaba y sus sospechas solo se confirmaron, tierra y más tierra. Pero también, insectos y gusanos. Se hizo con guantes y una pala y comenzó a cavar, luego de unas horas halló algo, tocó algo, y cuando revolvió, por inercia se echó hacia atrás ante su descubrimiento. Huesos, huesos y ropa. La misma ropa que portaba la mujer en su pesadilla.

Entonces, justo antes de que sucediera algo más... se despierta.

Está en el cuarto, en la oscuridad absoluta, el frío de siempre, pero ahora es consciente. Se relaja. Pero, entonces, lo oye, un traqueteo. Ese traqueteo, ese sonido que había oído en sus sueños. Primero piensa que quizá viene de afuera, algún electrodoméstico, un pájaro o un gato queriendo colarse inútilmente por la ventana cerrada que da al balcón. Pero no tarda demasiado en darse cuenta de que proviene del mismo cuarto en el que ella se encuentra.

Y de que no es ella, no es nada que pueda tener dentro de la habitación, no, es el suelo de donde proviene dicho sonido. Concretamente: el piso que se halla debajo de su cama. Comienza a negar, su cuerpo empieza a temblar y las lágrimas de pavor e impotencia ahora cubren su rostro. Ya sabe lo que se viene. Y no quiere, no quiere.

Entonces, en el momento exacto en que el traqueteo se vuelve más imponente y el tarareo sepulcral comienza a sonar, despierta.

Está sudorosa y agitada, en penumbras. Toca su cuerpo, mira a su alrededor. Aguza el oído por unos segundos, solo para confirmar de que lo

que está sucediendo es real, y de que esta vez sí está completamente consciente. Nada, no se oye nada, todo está normal. Incluso la temperatura del cuarto, fría, sí, pero no como en sus sueños. De todas maneras, solo para confirmar, porque ni así se siente segura aún; salta de un brinco fuera de la cama y enciende la luz.

Revisa el cuarto a diestra y siniestra, incluso apoya el oído por cada metro de suelo para ver si oye algo. Mueve la cama, traga saliva y con miedo, hace lo mismo en la zona a la que más temor y respeto le tiene luego de todo lo soñado. Nada. Absolutamente nada.

Finalmente, luego de comprobar unas cuantas veces más que no ha enloquecido, suspira aliviada, e incluso ríe un poco negando, dándose cuenta de lo tonta que había quedado al pensar que todo eso fue real. Ya más calmada, suelta un largo suspiro, y apaga la luz de la habitación, saliendo de la misma para ir en busca de un vaso de agua. Aliviada de confirmar que todo había sido simplemente un sueño, tonterías de su imaginación. Cierra la puerta detrás suya y sale tarareando. Dejando el cuarto solo y a oscuras.

Ya en la penumbra, se oye un traqueteo, uñas descarnadas, impacientes, rasgando el parqué de debajo de la cama con ávida ansia. A la espera de su regreso.